

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 119. Alicante 1.º de Marzo de 1873. Año IV.

LA DIVINIDAD:

II.

Hemos visto en el artículo precedente que de la existencia de los cuerpos se desprende naturalmente la de Dios, porque todo efecto reconoce una causa, y porque los seres y objetos que llenan el universo están sin cesar proclamando á aquel supremo Artífice, sin que podamos acallar ni menos desoir estas voces continuas de la naturaleza.

Pero si de la simple consideracion de la existencia de los cuerpos pasamos á la de su movimiento, ¿cómo se nos manifestará que la materia misma pueda ser causa de este movimiento? Es indudable y evidente que la materia es en sí misma inerte, esto es, indiferente al movimiento ó al reposo; que no mudaria de naturaleza aunque estuviese siempre inmóvil, y que es absolutamente necesario que no pudiéndose dar á sí propia el movimiento por sus principios naturales, le haya sido comunicado por un Sér superior é inmaterial que la domina, y que no necesita para hacerse obedecer sinó su voluntad suprema.

Porque la materia nada puede sobre la materia, y un espíritu no puede mover la materia sinó por su voluntad, y esta voluntad en el primer motor ha de ser omnipotente.

Y descendiendo de estas reflexiones generales al enlace y mútua relacion de todas las partes del universo, su órden, su hermosura, su unidad de objeto, se hace preciso detener la imaginacion para que deje lugar al raciocinio. Escapa de la boca aquella exclamacion del orador filósofo del gentilismo; «¿quién hay tan insensato que al mirar al cielo no sienta que existe un Dios?» ¿Será verdad, repetiremos con el sublime cantor de las noches, que haya hombres bastante imbéciles, que, no pudiendo elevarse hasta Dios, osan tener por locura la creencia de lo que no se puede concebir, y para quienes lo invisible y la nada es una misma cosa?

¿Cuál seria, pues, el objeto del eterno Geómetra cuando, despues de haber extendido al infinito las líneas de su plan inmenso, sembrado los seres sin número en los espacios y derramado la admiracion

sobre todo el conjunto de su obra, dejó caer de su mano poderosa en las profundidades del universo este insecto pensador, el hombre, para que arrastrando sobre su globo contemplase esta escena de maravillas y se pasmara? ¿Por qué desde el momento en que lanzamos nuestra vista por esa bóveda infinita de los cielos y por los globos resplandecientes que les dan alma y magestad, nos sentimos confusos y como oprimidos bajo la idea de la omnipotencia de su autor? ¿No es este aparato sublime para enseñar al hombre presuntuoso á no negar en Dios lo que no puede comprender? ¿Será Dios una maravilla menor que las maravillas salidas de sus manos? Si la obra es un misterio, ¿lo será menos su autor? ¿Prenderemos tal vez que lo mas sublime sea lo mas accesible á nuestra inteligencia, y que nuestra razon que no puede alcanzar á las criaturas alcance al Sér increado? Para comprenderlo deberia él dejar de ser Dios, ó nosotros dejar de ser hombres. Dios solo puede concebirse á sí mismo. ¡Cuán infinita distancia entre Dios y el hombre!

En esta materia nada mas verdadero que lo que mas admira, nada satisface mejor la razon que lo que la confunde. ¿Cómo pudiéramos imaginarnos por una simple relacion la existencia de esos astros? Sin embargo, nuestros ojos nos dicen que esta existencia no es una ilusion. Esos rasgos de magnificencia, de poder y de magestad que

llenan la naturaleza, son una especie de juramento que hace el Omnipotente á la razon del hombre, y el hombre jura su existencia sobre el testimonio del universo. Si quitais á Dios de la naturaleza, nada de grande queda en ella. Húndese el hombre en el fondo de un abismo, desde donde nada mas vé, como si estuviera sepultado en el cáos.

Prescindamos, pues, del análisis del universo, del órden constante de todas sus partes, desde los soles que giran sobre nuestras cabezas hasta el último insecto que arrastra sobre la yerba; prescindamos de este globo terrestre, de sus variaciones, de sus substancias, de sus combinaciones infinitas, de los tres reinos de la naturaleza, de las razas innumerables de los séres vivientes, y parémonos tan solo á contemplar un momento los cuerpos organizados, que están proclamando la existencia de una suprema sabiduría.

Díriase que el ateísmo se hace mas monstruoso y mas indigno de la razon cuando se baja al examen de los cuerpos organizados, esto es, cuando se observan los delicadísimos é inesplicables fenómenos de los reinos vegetal y animal. Ante todo se presenta á la vista, que hasta la mas mínima parte de esta innumerable multitud de cuerpos tiene su uso y su objeto, y que cada una tiene los órganos propios para su destino; su exactitud, órden y oportunidad suponen una sabiduría y elevacion de artífice que asom-

bra. La disposicion de un ala, la estructura de un insecto microscópico arrebatan al sábio, que se pierde ya en la investigacion de séres imperceptibles; reconoce que si el autor del universo es grande en las cosas grandes, es grandísimo en las pequeñas; adora por fin al Dios del átomo y al Dios del sol, como canta uno de nuestros mas inspirados y afluentes poetas.

A propósito de esto dice un distinguido escritor científico, el Abate Moigno: «Descendiendo por esta escala infinita de séres, en cuanto es posible descender, quedan muy atrás las mas atrevidas creaciones de nuestra imaginacion; se siente uno sobrecogido de admiracion y de pasmo, á vista del espectáculo de ese océano de vida repartido bajo formas tan diferentes en casi todas las interioridades mas recónditas del universo, y se vé claramente al mundo invisible, como á los resplandecientes cielos, proclamar la gloria del Criador.» Las palabras de la ciencia confirman las del Profeta, *los cielos expresan claramente la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos* (Salmo 18); ó, mejor dicho, la ciencia y la revelacion de consuno y en perfecta armonía publican la gloria de Dios. El día y la noche se suceden de continuo repitiendo á voces la misma alabanza, y como encargándose mutuamente, en expresion del Cardenal Belarmino, segun aquellas palabras del mismo Salmo;

Dies diei eructat verbum, et nox nocti indicat scientiam.

Dejemos á los anatómicos y á los naturalistas el estudio y análisis de todas las partes del cuerpo humano, y el de tantos millares de vivientes como pueblan la tierra, en la que cada animal es un mundo para otras criaturas que hallan en él su subsistencia. No hablaremos de su organizacion peculiar, de su instinto, de sus cantos y gritos, de sus nidos y crias, de sus emigraciones y costumbres. Prescindiremos tambien del reino embelesador de las plantas, que como colores vivientes matizan toda la superficie de la tierra. Esto sería interminable y nos llevaría mas allá de los límites á que, en estos momentos, es preciso circunscribir este trabajo, de otra parte muy importante para dejar de apuntar estos extremos.

No, no es posible resistir á la infinidad de tantas pruebas. ¿Se dirá tal vez que el acaso formó el ojo sin relacion alguna con la luz? Si á tanto llegase el delirio de una obstinacion frenética, le preguntaremos con un célebre escritor; si todo esto es efecto de la casualidad, ¿por qué no se ven alteradas alguna vez las causas finales? ¿Por qué no ha de haber peces sin la vegiga que los hace nadar? ¿Cómo no se nota jamás un descuido, un accidente de esta especie en la ciega naturaleza?

Mas el ateismo, como á mónstruo en el orden moral, apela á los móns-

truos en el orden físico para hacer una objecion contra la Providencia. ¡Miserable sofisma el de impugnar la regla general con algunas raras excepciones! Estos entes defectuosos, es decir, privados de algunas de sus causas finales, no deben inspirarnos sinó horror, al contemplar que cuanto mas fuerte es en nosotros el instinto de Dios, tanto mas nos espantan estas obras, en las que no se vé la marca de su mano omnipotente, y en cuya produccion muchas veces es culpable la criatura misma. Estos fenómenos que alguna vez se presentan reconocen sin duda causas para nosotros desconocidas, y parecenos, además, que Dios ha permitido estos desórdenes en la materia, para mostrarnos lo que sin él sería la creacion, si las leyes ciegas del acaso hubiesen criado el universo.

¿Qué han substituido, pues, los filósofos ateos á la idea magnífica, natural y necesaria de la Divinidad? ¿Qué razon nos han dado para borrarla del grandioso espectáculo del universo? ¿Cómo se han desasido de los argumentos de un primer sér, una primitiva causa, una primera forma, un primer tipo, el origen de la creacion, el principio de nuestra existencia, de nuestro pensamiento, de nuestra organizacion y de nuestra vida? ¿Con qué nueva luz han ilustrado la historia del mundo, la del género humano, la de la materia, de la armonía, del movimiento, de los séres organizados y, sobre todo, de las inteligen-

cias? ¿A quién han colocado en el trono de la creacion? ¿Con qué medios han sofocado esta voz interior, continua, poderosa, que sentimos en nosotros y que nos fuerza á exclamar, oh Dios mio?

La razon misma de los que dudan, la inteligencia de los mismos que resisten esta gran verdad, ese albedrío que se rebela contra su propio autor, ¿de dónde les han venido? ¿Cómo no reconocen la inteligencia suprema que les ha dado esta libertad de deliberar, y de la que ellos hacen tan funesto abuso? ¿Quién ha creado este ser pensador? Será la nada? Lo que no existe mal puede dar la existencia; la nada de la razon no puede ser causa de la razon. Háganse todas las suposiciones posibles, jamás la inteligencia saldrá de un principio que no la tiene, pues de lo contrario, lo que es sería el efecto de lo que no es. Hasta el abuso de la razon es una prueba de la Divinidad, porque suponiendo el poder de racionar mejor, este poder no puede darle sinó una razon soberana, de la que dependen todas las demás.

La idea de Dios es una idea necesaria, independiente de todo racionio, y que ha debido sernos inspirada por una luz superior á nuestro espíritu, porque en ella nos hace descubrir una perfeccion y una belleza infinitamente distantes de nosotros. El hombre, sér inconstante, débil, limitado, reco-

noce al que es infinito, eterno, inmutable, independiente, colmo de la perfeccion y de la omnipotencia. ¿De dónde sinó de lo alto puede haberle venido esta idea?

Ni se diga que semejante idea es arbitraria, que cada uno se la forma á su antojo, que es el fruto de las reflexiones sobre nuestros propios defectos, y sobre las imperfecciones de los otros seres, que nos sirven como de escala para llegar á la imágen de una perfeccion absoluta.

No hay hombre que á primera vista no comprenda lo que se le quiere decir, cuando se le habla de un Ser soberanamente perfecto: ni esta idea es el resultado de reflexiones sobre lo defectuoso é imperfecto, es al contrario una idea primaria y positiva de perfeccion soberana, por la que descubrimos lo que falta á los demás seres: es una primera regla, un primer modelo, sin el cual no se podria discernir el bien del mal, y lo bueno de lo mejor.

¿Y de dónde ha podido venir á los hombres esta regla universal que se extiende á todos los géneros de sér, á todas las especies de belleza, á todas las proporciones en las artes, en las ciencias, en la moral, que á todo sirve de modelo y que determina la exactitud de todos los juicios? El orden, la bondad, la hermosura, la justicia, emanan de la Divinidad como de su origen, y el hombre no tendria idea alguna de estas cualidades de

perfeccion, si no le vinieran del que las posee todas sin número y sin medida.

Aquellos axiomas de verdad eterna, que llamamos principios de la ley natural, á los que la razon comprende deber estar sometida y que le son por lo tanto superiores, ¿de dónde pueden venir sinó del que es la luz infalible de la razon, esto es, del mismo Dios? No en otra parte pueden encontrarse estos principios de eterna justicia esculpidos en nuestra alma, las primitivas nociones de lo honesto y lo bueno, de lo bello y lo perfecto. Si de alguna fuente han debido nacer estas nociones, puesto que el hombre no las ha formado ni inventado, esta fuente no puede ser mas que Dios, cuya existencia forzosamente ha de admitirse.

Han sido concurridas sobre toda ponderacion las funciones religiosas que han tenido lugar en nuestra capital durante las carnestolendas. No parece sinó que á medida que hay empeño en atenuar el calor de la fé católica, ella se manifiesta mas valerosa y espontánea en todas sus manifestaciones.

El dia de la bendicion, último de carnaval, no podia la Colegiata contener el inmenso gentío que se agrupaba ante el Santísimo Sacramento.

Por otra parte no ha habido que lamentar, á Dios gracias, en nues-

tra culta y sensata Alicante, es cándalo de ningún género, en esos días tan apróposito para ciertas licencias tan frecuentes en pueblos menos morigerados.

DISCURSO DE SU SANTIDAD.

El día 13 Su Santidad recibió en audiencia particular al Sr. Cañedo, representante de la República de San Salvador, al príncipe de Salm-Salm y al duque de De Croy acompañado de su hija la princesa viuda de Ligne.

Después Pio IX, acompañado de varios cardenales y prelados, pasó á la sala del Consistorio, donde le esperaban 350 señoras que forman las juntas de los círculos de mujeres del pueblo establecidas en Roma.

El marqués de Cavaletti, presidente de la sociedad católica de las buenas obras, leyó un mensaje en el que daba á conocer el objeto de los círculos de mujeres del pueblo, que es ayudar á las asociadas en sus necesidades espirituales y temporales, darles instrucción religiosa y preservarlas de los males del siglo.

Su Santidad, profundamente conmovido, dirigió á los concurrentes un discurso en que en resumen dijo lo siguiente:

«Leí en el Evangelio del último domingo una parábola citada por Nuestro Señor Jesucristo.

Un padre de familia queria cultivar su viña y no tenia suficiente número de obreros. Fué á la plaza pública, donde encontró algunos, y les dijo: *¿Quid statis tota die otiosi?*

Como veis, estos obreros estaban en la plaza pública, es decir, según los comentadores, en medio del mundo, y el que vive en la ociosidad corre grandes peligros.

Tambien un poeta profano ha condenado la ociosidad como el primero de todos los vicios.

Segun lo que acabo de oír, vosotras no quereis uniros en la ociosidad, sino que quereis hacer el bien. El Señor dijo á aquellos obreros: *Ite ad vineam meam*. Todos debemos ocuparnos de la salvacion de las almas, y Dios nos lo repite hoy con más insistencia. *Ite ad vineam*, y por recompensa nos dará el Paraiso. Vosotros habeis oido la voz de Dios, y trabajais; además estais dispuestos á consagraros á hacer el bien á tantas pobres mujeres que tienen necesidad de guia y de consejo.

En los primeros tiempos de la Iglesia las grandes señoras se ocupaban tambien en buenas obras; y cuando San Pedro vino á Roma, habitó en la casa de un senador, en donde está hoy el monasterio de Santa Prudentina, y las mujeres de aquella casa se ocupaban, como vosotras, en buenas obras.

San Lorenzo mártir distribuia limosnas y administraba los bienes de la Iglesia; por eso los perseguidores de aquella época invadieron su casa para buscar los tesoros de que le creian poseedor.

El Santo les presentó los pobres que alimentaba, diciendo que habia puesto sus tesoros en manos de aquellos pobres.

Un senador funda un hospital, otro lava los piés á los desdichados.

Estos actos en los primeros tiempos de la Iglesia eran una cosa corriente, se veian en todas partes; tan poderosos eran los lazos que unian entre si á los primeros fieles.

Hace veinte años fui á visitar fuera

de la puerta de San Juan la basilica de San Estéban, hacia poco tiempo descubierta. Santa Demetria la habia construido en el siglo iv.

Estais resueltas á seguir los ejemplos que se os han dado en todos tiempos. Teneis un pensamiento que no puedo menos de aplaudir. No es el momento presente para estar con los brazos cruzados, porque los enemigos de Dios trabajan por destruir cuanto es respetable.

Bendigo los círculos aquí presentes y os animo á perseverar en el bien que habeis empezado. Que el Señor os guie, que vuestros ángeles guardianes os acompañen en vuestras obras, que María Virgen Inmaculada os proteja para bien de vuestras familias, de vuestras personas y de las almas cuya direccion vais á tomar; guardad esta bendicion que os doy durante toda la vida, y que sea para vosotras en la hora de la muerte prenda de una vida mejor y sin fin en el cielo.»

Al terminar Su Santidad se acercó al trono una comision, y le entregó un album ricamente encuadernado con los nombres de las asociadas.

Pio IX pasó en medio de la concurrencia dando á besar su anillo, y dirigiendo la palabra á las señoras más conocidas por su amor á la religion.

EL PAPA

al Obispo de Ginebra.

Su Santidad ha dirigido al sabio, virtuoso y enérgico Obispo monseñor Mermillod, que con tanta entereza ha defendido en Suiza los derechos de la Iglesia, el siguiente Breve:

«A nuestro venerable hermano Gaspar, Obispo de Hebron, Vicario apostó-

lico de Ginebra en Ginebra.—*Pio IX, Papa.*
Venerable hermano, salud y bendicion apostólica.

En verdad, venerable hermano, estamos en tiempos difíciles que traerán otros peores. La persecucion que en ese pais vá creciendo cada dia amenaza tambien á Suiza con un cisma terrible, si Dios no pone freno á las maquinaciones de la impiedad. Si en el principio de la Iglesia, cuando el martirio seguia constantemente á los Obispos como la sombra sigue al cuerpo, creyó el Apóstol deber elogiar como una buena obra el episcopado, es seguro que debeis estimar como un bien el cargo que se os ha confiado.

En efecto, si el martirio de sangre no amenaza aún vuestra mision, la furiosa agitacion de los ánimos os prepara un martirio de cuidados, de angustias y de duracion mas difícil y mas duro. Pero acordaos que los Apóstoles tambien fueron enviados como corderos en medio de lobos, y que la persecucion que parecia iba á hacer estériles sus trabajos, no hizo, al intentar destruir estos trabajos vertiendo la sangre de los neófitos, mas que fecundar y propagar el Cristianismo.

Marchad, pues, tambien sin temor y con noble independendencia, enseñad al pueblo que se os ha confiado á guardar todo lo que se nos manda; trabajad como buen soldado de Jesucristo; aplicad vuestros cuidados á apartar las opiniones falsas y á apretar los lazos de unidad y de caridad.

El que ha prometido á sus discípulos estar con ellos hasta la consumacion de los siglos, estará tambien todos los dias con vos; mandará por fin él mismo á los vientos desencadenados, y apaciguará las olas agitadas.

Por nuestra parte, pedimos para vos todos los auxilios celestes y la abundancia de dones y gracias de lo alto: Como garantía de estas gracias y como prenda de nuestro especial afecto,

Nos os concedemos á vos, venerable hermano, y á todo el clero y pueblo confiado á vuestra solicitud, con todo nuestro corazón la bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el 6 de Febrero de 1873. Vigésimo sétimo año de nuestro Pontificado.

PIO IX, PAPA."

VARIEDADES.

EN LA MUERTE DE LA NIÑA

Consuelito Amat y Villalva.

(Á SUS PADRES.)

Quereis que á Consuelo cante,
Y canto con toda el alma,
Que cantar á Consuelito
Es cantar las cosas santas.
Inocente palomita,
Como la nieve de blanca,
Como los Angeles pura,
Cual ellos llena de gracia,
Cruzó veloz por el mundo,
Sin plegar en él las alas,
Por volver pronto á su nido,
Que es la celestial morada.

Alli la contemplo, alegre,
De Querubines cercada,
Que han salido á recibirla
Con coronas y con palmas;
Y cantando en dulces coros,

«Gloria, gloria, hosana, hosana,
»Que sube del mundo al cielo,
»Cual nosotros, pura un alma.»

Y Consuelito ¿sabeis
Que hace entretanto? Levanta
Hasta el trono del Señor
Su dulcisima mirada,
Y señalando á la tierra
Con su manecita blanca,
Dice: «Señor, allí están
»Mis padres, que vuestra gracia
»Illumine sus caminos,
»Y que se salven sus almas!
»Ya que mil pruebas de amor
»Me dieron, cuando me hallaba
»En aquel desierto triste,
»Que mundo los hombres llaman,
»Que hoy mis tiernos ruegos sirvan
»Para que sobre ellos caiga
»Vuestra amante bendicion,
»Que es bálsamo y esperanza.»

Cese, pues, la pena, Padres;
Y cesen ya vuestras lágrimas;
¿Suspirabais porque fuese
La hija feliz? pues ¡miradla!
No cabe dicha mayor
Que la dicha que ella alcanza:
¡Contempla á Dios y le goza!
¿Ventura existe mas alta?!!

Infelices de nosotros
Que ciframos la esperanza
En placeres engañosos
Que al ser tocados se escapan,
Dejando solo el vacio
Y un nuevo afan en el alma!
Las riquezas, los honores,
Los deleites que nos atan,
No llenan el corazon...!

¡Dios solo á llenarlo alcanza!
Si alguno os dice en la tierra
«Yo soy feliz,» ¡os engaña!
¡Cada cual lleva en su pecho
Dardo agudo que le mata!
¡Dicha completa... en el cielo!
¡Aquí es inútil buscarla!

¡Bendita, pues, Consuelito,
Que ventura logró tanta!
Y cantemos con los Angeles:
«Gloria, gloria, hosana, hosana,
»Que subió del mundo al cielo
»Como ellos pura un alma.»

Miguel Amat y Maestre.

HISTORIA DE LA CUARESMA.

El ayuno de cuarenta dias observado por los cristianos para prepararse á la celebracion de la Pascua, es lo que se llama cuaresma.

Antiguamente solo duraba treinta y seis dias en la iglesia latina, hasta que en el siglo v. se añadieron cuatro dias para reproducir con mas exactitud los cuarenta dias de ayuno del Señor: práctica que siguió todo el Occidente, á excepcion de la iglesia de Milán.

Nuestra iglesia goda se preparaba á la solemnidad de la Pascua con el ayuno cuadregesimal, observándolo con el mayor rigor como instituido por los apóstoles.

Comenzaba la cuaresma en lunes, cinco dias mas tarde que ahora; y aunque sus dias eran cuarenta cabales, contándolos desde el amanecer de dicho lunes,

hasta las visperas del Sábado Santo, los ayunos no eran sino treinta y seis, porque quitaban los cuatro domingos intermedios, que son los que suplimos ahora con los cuatro dias de la semana de Ceniza.

Opinaron algunos que se fijó el número de cuarenta dias de ayuno en memoria del diluvio universal, que duró igual número de dias, ó como un recuerdo de los cuarenta años que anduvieron los israelitas por el desierto, ó bien como una reminiscencia de los cuarenta dias que alcanzaron los habitantes de Ninive para hacer penitencia. Hubo autores que supusieron que el origen de la Cuaresma no era otro que la celebracion del ayuno de cuarenta de Elías, ó los cuarenta que observó Moisés cuando en el monte Sinai recibió del Señor las tablas de la ley.

Sin embargo, parece que la opinion mas probable es la de que, como ya hemos dicho, se instituyó y fijó el número de cuarenta dias de ayuno en memoria de los cuarenta que Jesucristo ayunó en el desierto, de cuyo número «cuarenta» tomó el nombre de cuaresma, «cuadregesima» en latin.

Todos los pueblos, todas las naciones, todas las creencias, todas las sectas han tenido sus dias ó épocas particulares de privaciones ó ayunos, y todas se han abstenido mas ó menos de ciertos manjares y condenado voluntariamente á privarse de comodidades, placeres ó diversiones, ya por un principio religioso, ya como una medida higiénica.

Uno de nuestros ilustrados escritores, el doctor Monlau, en un tratado de «higiene pública,» dice lo siguiente: La institucion de las Cuaresmas nos revela

que en todos tiempos, por todos los legisladores civiles y monásticos se ha adivinado la influencia del régimen. Los progresos del epicureismo y de la indiferencia han traído la relajacion de aquellas antiguas y solemnes costumbres; pero los médicos ilustrados nunca cesarán de aplaudir la institucion de la dieta cuadragesimal de la Iglesia católica, aun no considerándola mas que bajo el aspecto higiénico.

Seis ó siete semanas de moderada abstinencia de carne y alimentos animalizados, y en la época del año en que se hace mas activa la hematosis y mas bullicioso el movimiento orgánico, es una práctica altamente saludable y digna de ser aceptada, aun cuando no la recomendase lo santo y respetable de su origen. Es útil interrumpir á intervalos el régimen habitual, porque una dieta uniforme predispone á determinadas enfermedades; luego son útiles las vigiliass y las abstinencias, luego es útil la Cuaresma. Es útil adietarse un poco á la entrada de cada estacion en las épocas cardinales del año; luego es útil el ayuno de las tēmporas.

El ayuno, pues, tan universalmente admitido por todos los pueblos, es una de aquellas instituciones á que naturalmente se han adherido todos ellos, mirando esta abstinencia voluntaria como una medida higiénica los unos, y como un acto religioso los otros; juzgando que la mortificacion podría contribuir á aplacar la divinidad irritada y volver el consuelo á sus almas desoladas. Por eso se han conocido en todos los paises del mundo antiguo y moderno, civilizado ó en estado de barbarie, el luto, los votos,

las oraciones, los sacrificios, las mortificaciones, y como una de ellas, ciertas abstinencias.

Los egipcios, los fenicios y los asirios tenian sus dias de privaciones.

Pitágoras no contento con prohibir á sus discípulos el comer de lo que habia tenido vida, con arreglo al dogma de la «metempsicosis» ó transmigracion de las almas, les prohibió tambien el uso de las habas, de las malvas, del vino, etc.

El dia antes de la fiesta de las Elessinas y de las Tesmoforias lo pasaban las mujeres atenienses sentadas en tierra, vestidas lúgubrementey sin tomar apenas alimento alguno.

En Roma habia tambien ciertos dias de abstinencias en nombre de Júpiter y de otras falsas divinidades. Numa Pompilio observaba con exactitud religiosa los ayunos periódicos. Habiendo los Decemviros consultado por orden del Senado los libros Sibilinos para ver que debia deducirse de ciertos prodigios que acaecieron, dice Tito Livio que leyeron en ellos, que para impedir funestas consecuencias era necesario establecer un ayuno general y público en honor de la diosa Ceres, y repetirlo cada cinco años; lo que en efecto se acordó y practicó desde entonces.

Los Mandarines chinos ordenan ciertas abstinencias ó ayunos públicos para obtener del cielo la lluvia ó el buen tiempo. Durante estos dias se castiga rigurosamente si alguno vende carne ú otra especie de comestibles prohibidos. Los dias de abstinencia son parte del duelo de la China.

Mahoma, á imitacion de nuestra cuaresma, instituyó un mes de penitencia,

el nono de su año árabe, llamado Ramazan ó mas bien Ramazan, cuyo plazo como que está arreglado á una luna-
ción determinada, se adelanta todos los años once dias. Por este cómputo invariable el Ramazan corre consecutivamente todas las estaciones del año, y vuelve á caer con corta diferencia por el mismo tiempo alcabo de 33 años solares.

Guárdase en esta especie de cuaresma un severo ayuno como se hacia en la iglesia primitiva, no permitiéndose tomar alimento, ni beber agua de sol á sol. De aquí es que el Ramazan cuando cae en estío es mas penoso que en invierno, mayormente para la gente pobre y jornalera, porque los dias largos del estío la obligan á un ayuno de mayor mortificación, pues la ley no exime el trabajo corporal, ni le concede el menor alivio.

La institucion de nuestra cuaresma se atribuye á los apóstoles por los mas de los padres de la iglesia de los siglos iv y v. El concilio de los apóstoles en Jerusalem, el de Nicea celebrado el año 325, el de Laodicea reunido en el año 365, y antes los santos Padre griegos y latinos de los siglos ii y iii, hablan ya del ayuno de cuaresma como de una práctica que se observa en toda la iglesia.

En la primitiva iglesia al ayuno de cuaresma iba anexa la continencia, la privacion de juegos y toda clase de diversiones.

En algunos pueblos no podian celebrarse matrimonios sin dispensa especial del obispo. Hasta el siglo ix se conservó la costumbre de cesar los tribunales de justicia en el curso de los negocios, de no cazar, aunque se guardase el ayuno,

de no llevar armas, ni aun de viajar sin apremiante necesidad.

Nadie estaba en aquella época dispensado del ayuno; ni la calidad de las personas, ni la edad, eran consideradas por excusas legítimas. Cesaban todos los negocios, y como dice el abate Freuri, se veían en silencio las ciudades mas populosas.

Pasaban los fieles la mayor parte del dia en la iglesia orando, oyendo las lecciones espirituales y los sermones: y por eso se nota en los rituales que es mas dilatado el oficio divino en los dias de penitencia.

En los primeros siglos de la iglesia, particularmente en Occidente, la práctica de la cuaresma era muy dura. No se hacia mas que una comida despues de visperas al ponerse el sol, y en ella se abstenian de carne, de huevos, de leche y de vino.

Lo esencial del ayuno, como dice el citado abate, consistia en no comer mas que una vez al dia, y esto á la caída de la tarde, ó sea una cena, dejando de usar el vino y los alimentos delicados ó sustanciosos y pasando el dia en el retiro y en la oracion, repartiendo entre los pobres lo que se economizaba y habia de gastarse en las demás comidas.

En aquellos tiempos se creia quebrantar el ayuno solo bebiendo fuera de la comida.

Caminando al martirio San Fructuoso obispo de Tarragona, rehusó tomar una bebida que le ofrecian para fortificarle, diciendo que aun no era la hora de romper el ayuno: era un viernes á las diez del dia.

Luego la disciplina eclesiástica se fue

relajando insensiblemente. Antes del año 800 ya se permitía el uso del vino, huevos y laticinos, y hasta trataron algunos de hacer lícita la carne de pluma, apoyándose en el pasaje del Génesis que dice el Señor crió en un mismo día, el quinto de la creación, las aves y los peces: «*producant aquæ reptile animæ viventis, et volatile super terram sub firmamento cœli.*» (Génesis cap. I, v. 20 y siguientes.)

Sin embargo, fué deshechada la opinión de los que sostenían que las aves y los peces eran de una misma naturaleza, solo por haber sido criados en un mismo día, y que por consiguiente podían promiscuarse.

Durante el siglo VIII la comida se adelantó tres horas, y antes de irse á la cama se tomaban algunas frutas ó conservas. Mas adelante se dijeron las vísperas á medio día, inmediatamente se comía, y por la noche se hacia colacion; y se creyó guardar la abstinencia cuaresmal con solo dejar de comer carne durante su período, y reduciendo á dos solas las comidas diarias, una á medio día y esta completa, y otra mas ligera por la noche. A esta última se la llamó y se la llama todavía «colacion,» nombre tomado de los religiosos, á los cuales luego de haber oído la lectura de las conferencias de los santos Padres llamadas en latín «*Collationes,*» se les permitía en días de ayuno tomar un bocado de pan y beber agua ó un poco de vino, cuyo ligero refrigerio se llamó tambien «Colacion.»

En Oriente no fué menos rígida la observancia del ayuno. Durante la Cuaresma los mas de los cristianos vivían con legumbres, frutas secas, pan y agua. Los

había que hacían voto de no alimentarse sino de cosas secas, absteniéndose no solo de carnes y vino, sino tambien de frutas tiernas ó muy jugosas, cuyo sistema de vida se llamaba «gerofajia.» Otros menos austeros observaban solamente la «homofajia,» ó sea la abstinencia de todo alimento cocido.

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve y media con sermon que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral. Por la tarde á las cuatro menos cuarto rosario; plática doctrinal que dirá el licenciado D. Francisco Penalva, abad; se cantará el *Santo Dios*; seguirá el sermon moral que predicará el Dr. D. Florentino Zaranzona, canónigo, y se terminará con el *Miserere* á tres voces. En Santa Maria misa mayor á las nueve. En la Virgen de Gracia misa mayor á las ocho y media, y por la tarde á las cinco sermon que predicará D. Francisco Guimbeu, vicario de la misma.

Martes.—En las Agustinas misa de renovacion á las ocho. Por la tarde á las tres y media meditacion y sermon que dirá D. José Baeza, beneficiado de la Colegial.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las siete menos cuarto. Por la tarde á las tres y media meditacion, sermon que predicará D. José Carratalá, teniente cura de la Colegial, trisagio y reserva.

Viernes.—En las Capuchinas *Comunion general* á las siete y media. Por la tarde á las tres y media el ejercicio del Sagrado Corazon de Jesús. En Santa Maria á las cinco sermon que predicará D. Rafael Amat, Pbro.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho.